

093. La entrega a Dios

¿Qué significa entregarse a Dios? Con una de sus deliciosas parábolas nos lo va a decir hoy el escritor más leído de la India y premio Nobel de Literatura, que nos cuenta lo que le ocurrió un día-

* Iba yo una mañana caminando por el camino pedregoso, cuando me salió al encuentro el rey, que venía de frente. Hace detener su carroza, desciende, y me dice severo, espada en mano:

- *Soy poderoso, y puedo comprarte. Tendrás lo que quieras. ¿Te me entregas?*

Aunque soy sólo un pobre mortal, le respondí: -*¡No! Soy un hombre, y yo no me vendo...* Y el rey se marchó sin mí en su carroza, porque no me doblegué ante el poder de otro hombre, aunque sea el rey.

Seguí caminando, y llegué al pueblo. Las casas estaban cerradas por el ardiente sol del mediodía, y yo vagaba por el callejón retorcido. En éstas, me sale al encuentro un anciano cargado con un saco lleno de piezas de oro, y me dice con mucha seguridad suya:

- *Soy rico, y puedo comprarte. Mira cuántas monedas de oro hay aquí.*

Yo le miré con desdén, di media vuelta, y me marché sin decirle lo que pensaba por dentro: -*¿Yo venderme al dinero? ¡No! Yo valgo mucho más que todas las riquezas del mundo.*

Era el atardecer, y la cerca del jardín estaba toda en flor. Apareció detrás una muchacha gentil, y me dice con todos sus encantos: -*Yo te compro con mi sonrisa. ¿La aceptas?...*

Mi actitud, comprensiva y sin desdén, la enterneció; se le heló la sonrisa, que desaparecía entre sus lágrimas, mientras yo desaparecía también, firme en mi pensar: -*Yo no me rindo ni tan siquiera a las seducciones del amor...*

Caminaba yo, caminaba, y llegué a la playa con el sol que ya moría. Un niño jugaba con la arena, me miró, y me propuso la última oferta del día:

- *¿Te puedo yo comprar con nada?...*

Y yo acepté. -*¿Con nada?*, pensé yo.... El niño me rindió, porque, al no darme *nada*, yo me rendía entero sin atadura alguna. En mi entrega, tenía mi libertad (Tagore. Algo ampliado y acomodado)

¿Sabremos tomar esta palabra “entrega” y llevarla a Dios? Ciertamente sí. En el lenguaje cristiano, la palabra entrega es lo mismo que decir “devoción”. Y tener “devoción” —que se resuelve siempre en oración fervorosa—, es lo mismo que tener el espíritu, la decisión y la generosidad de entregarse del todo a Dios.

¿Y dónde está el secreto de esta devoción, de esta entrega, de esta oración ferviente a Dios?

El escritor hindú nos lo ha dicho de la manera más bella. La entrega a una persona no se hace nunca por intereses mezquinos.

¿Por miedo al poder, porque de lo contrario nos viene el castigo?... No. Eso no es amor.

¿Por el interés mezquino de bienes temporales efímeros, pasajeros, cifrados en la palabra dinero?... No. Eso es una miseria. El dinero vale menos que nosotros, el dinero no vale nada.

¿Por amores seductores, que después traen amarguras muy hondas?... No. El amor ha de ser limpio, que dignifique, no que arrastre ni destruya la vida.

Mirando a Dios, la entrega no se le hace por ninguno de esos fines. A Dios se le da la “devoción” del corazón sin interés alguno.

Se le da porque es Él.

Se le da porque se le quiere amar.

Se le tiene “devoción” a Dios porque Dios es Dios, porque se lo merece y nada más.

Entonces la devoción es un acto de libertad suma. La devoción sale de un corazón libre, y deja además totalmente el libre el corazón.

¿A qué lleva la devoción desinteresada a Dios? La entrega a Dios se manifiesta por una devoción tierna a la vez que fuerte. No se omite ningún acto que Dios pide como demostración del amor que se le tiene. Y se hace todo lo que Dios quiere aunque cueste, aunque no guste, aunque aburra y hastíe. Basta saber que Dios lo quiere, para que no se omita nada de lo que a Él le complace.

Estaba agonizando en Viena San Vicente María Hofbauer. Suenan en la torre las doce campanadas del mediodía, y los que le rodeaban, preocupados por el moribundo, ni se dan cuenta de la llamada del reloj de la torre. Clemente, que parecía ya en el otro mundo, se incorpora, y dice a todos: *-Son las doce. Tenemos que rezar el Ángelus a la Virgen.* Arrodillados, van contestando las avemarías, acabadas las cuales, Clemente inclina de nuevo la cabeza en la almohada, y plácidamente se iba con la Virgen al Cielo.

¿Cómo ha sido esto? ¿Un milagro? No. ¿Una gracia especial? Ciertamente. Se podría decir mejor que ha sido el coronamiento de toda una vida de “devoción” intensa a Dios. Entregándole a Dios cada momento y cada acción del día, Clemente corona su vida con un acto de devoción envidiable.

Las Iglesias del Asia Menor habían empezado todas bien. Pero al venir el cansancio, Dios se le quejaba en el Apocalipsis al ángel de Éfeso: *-Mira que has dejado tu fervor o devoción primera...* Y peor al ángel de Laodicea: *-No eres ni tibio ni caliente, sino repulsivamente tibio* (Apocalipsis 2,4 y 3,15).

Eso no pega con el cristiano, que es todo entrega, todo amor, todo “devoción”. Ante cualquier deber, el cristiano dice al Dios a quien ama y al que se ha entregado: *-¡Aquí estoy! ¿Qué más quieres, Señor?...*

San Francisco de Sales nos dice finamente que, en el cumplimiento de los deberes para con Dios, la devoción es como la nata a la leche, como la flor a la planta, como la claridad a la piedra preciosa...

Ser devoto es ser un entregado a Dios, un incondicional de Dios.

El alma se le ha vendido a Dios por *nada*, pero, claro está, Dios ha convertido esa *nada* en una cantidad fabulosa de millones...